

**Lernen aus der Geschichte e.V.**

<http://www.lernen-aus-der-geschichte.de>

**Der folgende Text ist auf dem Webportal  
<http://www.lernen-aus-der-geschichte.de> veröffentlicht.**

Das mehrsprachige Webportal publiziert fortlaufend Informationen zur historisch-politischen Bildung in Schulen, Gedenkstätten und anderen Einrichtungen zur Geschichte des 20. Jahrhunderts. Schwerpunkte bilden der Nationalsozialismus, der Zweite Weltkrieg sowie die Folgegeschichte in den Ländern Europas bis zu den politischen Umbrüchen 1989.

Dabei nimmt es Bildungsangebote in den Fokus, die einen Gegenwartsbezug der Geschichte herausstellen und bietet einen Erfahrungsaustausch über historisch-politische Bildung in Europa an.

Irena Liebman: los piojos eran los únicos “animales“ que valían menos que los judíos

Wolfram Wiedemann fue uno de los primeros en brindar entusiasta apoyo en Dresde para la búsqueda de sobrevivientes del campo “Freia“. A él y a los colaboradores de “HATiKVA“ (Centro de formación y encuentro sobre historia y cultura judía), le debemos el contacto (lamentablemente solo escrito) con Irena Liebman. Se trata de una escritora para niños muy exitosa en Israel – y una sobreviviente del campo de Freiberg. [...]

Citamos a continuación algunos recuerdos de Irene Liebman, recopilados de cartas que envió a Freiberg:

"Soy originaria de la ciudad de Lodz en Polonia. En su época, Lodz formaba parte del Reich y era denominada "Litzmannstadt". Antes de que se liquidara el ghetto, el 27 de agosto de 1944, fuimos enviadas en el penúltimo transporte a Auschwitz - Birkenau. Sólo pasamos 24 horas allí. Fuimos inspeccionadas por Mengele y sus esbirros. Nos afeitaron la cabeza y nos hicieron caminar desnudas hasta que finalmente nos dieron un vestido hecho andrajos. Ese fue el día en el que comprendimos por primera vez qué estaba sucediendo en Auschwitz. Por suerte, nos enviaron en seguida a Freiberg. Nuestro transporte fue el primero en llegar de Birkenau a Freiberg. Fue el 31 de agosto de 1944. Eramos 250 niñas y mujeres judías, las primeras en llegar para trabajar en Freia e Hildebrand.

Freia no era un campo de exterminio, sino de trabajo. De nuestro grupo solo algunas murieron en los ocho meses y medio que pasamos allí. Murieron de tuberculosis, de debilidad, de hambre. No sé si las enterraron o las quemaron en un crematorio convencional.<sup>1</sup> Sé que después, habrá sido un mes o mes y medio más tarde, llegaron otras 250 mujeres a Freiberg, deportadas desde el ghetto de Lodz a Auschwitz.<sup>2</sup> En aquel entonces nada sabía de las mujeres checas y tampoco llegué a verlas. Mi hermana mayor, que llegó conmigo, trabajaba en la fábrica Freia y yo en el comando Hildebrand, donde atendía unas máquinas fresadoras, tornos y perforadoras.

En Max Hildebrand también trabajaban mujeres ucranianas. Eran aldeanas, sólo hablaban su idioma y apenas si entendían algo de alemán. Sus condiciones de vida eran mucho mejores. Estaban “libres“, no vivían en el campo de concentración. Cuando llegamos, los técnicos

<sup>1</sup> Ver “Los muertos de Freiberg y Oederan“, [“Die Toten von Freiberg und Oederan“], págs. XXX

alemanes estaban contentos de que entendiéramos todo lo que nos decían (el yiddish es bastante parecido al alemán). Además, todas tenían por lo menos educación primaria. Uno de los técnicos me decía “brujita“ porque en seguida supe qué era un micrómetro. En aquel entonces tenía 19 años, pero parecía como mucho de 14 o 15. También había muchachas dos a tres años más jóvenes que yo. Una amiga me contó recientemente que en el campo también había una madre con una hija de 13 años, que luego murió en Mauthausen.

Mi vida consistía en doce horas de trabajo, de día y de noche. Después había que limpiar todo y ejecutar las órdenes que se les ocurrieran a las guardias de la SS – quedaba poco tiempo para descansar. Yo había llegado del ghetto muy desnutrida. Recuerdo muy bien la lucha cotidiana con los piojos. Era una especialista en eliminarlos. Eran piojos que podían transmitir la fiebre tifoidea. Ahora que reflexiono sobre la cuestión me doy cuenta que los piojos eran los únicos “animales“ del diccionario zoológico que valían aún menos que los judíos, puesto que hasta yo podía matarlos. Era mi venganza. Oh, Dios, ¿dónde estabas?

A la hora de pasar revista, el jefe de la SS nos castigaba por cualquier nimiedad, aunque fuéramos inocentes. Exclamaba el número que llevábamos cosido a nuestra ropa y nos pegaba una bofetada con la mano izquierda. Entonces decía: “mi mano derecha nunca tocará carne judía“. No estoy segura de que usara también un látigo. Naturalmente también trabajaban con nosotros alemanes humanos.

Cuando me liberaron en Mauthausen, y estaba tirada sobre una bolsa de paja hedionda, al lado de dos personas que parecían no tener ni sexo ni edad, me dije: “Si sigo viva, voy a ir a Palestina a construir una patria para el pueblo judío y me prometo hacer todo lo que esté a mi alcance para contarle a las generaciones futuras sobre los tiempos tremendos de la “industria asesina de los nazis“, como la llamo yo. ¡No permitiré que haya olvido!”

Fragmento de:

Düsing, Michael (Editado en el CJD Chemnitz): Estábamos destinadas a la muerte – Lodz – Theresienstadt – Auschwitz – Freiberg – Oederan – Mauthausen: Memorias de trabajadoras forzadas judías. Leipzig 2002: págs. 147-151.

Ese transporte llegó el 22 de setiembre de 1944 a Freiberg.